



Concepción de Chile, Setiembre 25 de 1906.

L. D. Miguel de Unamuno, Salamanca.

Mi más distinguido escritor: acabo de leer en "El Sur", diario de este mi pueblo, un artículo suyo, reproducido de "La Nación" de Buenos Aires, y ahí he leído que Ud. recibe continuamente cartas de América de sus admiradores y de otros que no son tales. No quiero, pues, que Ud. deje de recibir una mía, puesto que me considero su más ferviente admirador. Puede Ud. medir el grado de mi admiración ^{con decirle} que Ud. me roba todos mis pensamientos — y esto es lo sumo que puede pedir un escritor — y que antes de conocerle á Ud., era, como la suya, mi preocupación, la inmortalidad.

Así — yo le conocí á Ud. á mediados del pasado año por sus artículos de "La España Moderna" — en respuesta de una carta de Dublé Arutia, que era un juicio crítico de unos cuentos míos que yo le había enviado, le escribía, el 23 de Marzo esto que copio, y que es exactamente el nervio de su novela "Amor



y Pedagogía":

«... En cuanto á nosotros mismos, que en este momento de la evolución vivimos, no somos mas que células de ese gran organismo, que continuamente nos desprendemos como las células que constituyen nuestro cuerpo. Y no nos corresponde otro papel, también como las células del cuerpo, que reproducirnos, embellecernos, perfeccionarnos, para que ese gran organismo que se llama la humanidad, perdure, se embellezca, se perfeccione, y cumpla cuanto antes sus grandes destinos.

«Y es por eso por lo que sentimos ese gran deseo de inmortalidad, y en cierto modo somos también inmortales, que nuestros hijos, partes de nosotros mismos, serán los hombres dioses; y es por eso por lo que deseamos ser grandes, en cualquier orden que sea, para que quede una estela, átomos insalpables de nuestro ser, que hagan vibrar, conmoverse las fibras de otros seres, y que hagan, disgregados ya, á ese contacto mágico



nuestros helados polvos rebullir 77.

Verdad es que esta está mal escrito, pero Ud. lo entiende. Verdad es también que lo que Ud. nos dice en "Amor y Pedagogía" es que quien busca la inmortalidad en los hijos se ahorca para la inmortalidad en las obras; pero vea Ud. que yo hice la misma distinción de las dos clases de inmortalidad, la de los hijos y la de las obras, como la hay también en el tiempo y en el espacio.

Respecto á la muerte he escrito en otra ocasión hablando del socialismo: «¿I que en el socialismo va envuelto el problema individual? Quizás, pero á veces pienso que no, y que en nosotros no hay fin, si no es la humanidad; y que nuestra muerte no es la muerte de nuestro espíritu, que sigue viviendo en el espíritu universal, que alienta á la Tierra; pienso que ningún esfuerzo hacia la perfección se pierde; y que la humanidad evolucionando, evolucionando siempre, haciéndose poco á poco menos



material, se convertirá al fin, desprendiéndose de lo tangible, en espíritu, el espíritu universal de la humanidad, que vivirá vida eterna y libre, - mientras la materia siguiendo un proceso contrario, ya que de la nada comenzó en la nada se habrá de convertir >>.

Muchas veces he pensado también en lo que Eld. nos cuenta en "El Secreto de la Vida". Siempre que viajo y me alojo en casa particular, tengo la costumbre desde hace tiempo de decir como frase de galantería, que deseo irme pero llevarme conmigo todo lo existente en aquella región, que quisiera ser como Dios para estar en todas partes. También me atormenta el deseo de rapturarle al alma a toda persona con quien hablo, sentimiento que se ha formulado en esto que siempre les repito a mis amigos como una chuscada: que quisiera tener un sello con que marcar a toda persona con quien hable. Cuando leí el precioso libro



de Nieremberg, "La Hermosura de Dios" no encontré reparo que ponerle, porque era lo que yo deseaba para mí. — Ya que Dios no es mas que la abstracción de las cualidades que los hombres notaban en sí mismos — y tengo pensado escribir un artículo que se llamará "El Principio de Dios."

De buena gana le adelantaría ahora algunas ideas sobre ese mi artículo, pero quien sabe si esta mi carta está pesada sobre manera; y sobre todo este no es el objeto de ella, sino que Ud. sepa que Ud. me ha sellado con su sello; que Ud. me ha infundido esperanzas; que Ud. me ha hecho tener confianza en mí mismo, y me ha dicho que sepa recibir las sugerencias, al mismo que me abra á todas ellas; y sobre todo que Ud. me ha consolado en muchas horas, aunque en muchas otras me ha llenado de fecondo desconuelo, cuando he comprendido con Ud. que todo es nada y que la nada es todo

Mi carta tiene también por objeto



pedirle su retrato con su autógrafa, y pedirle, si me atrevo á tanto, que me escriba unas cuantas líneas, escritas para mí — que por otra parte estoy seguro han de ser palabras de sensatez y vulgaridad ^{y lógicas,} mil veces oídas, aunque no con los vrapeles y literatura que en los labios de Uld. — pues como Uld. habré visto participo en algo de la religión de Compté, lo que le prueba que no soy en valde compatirista de Lagarrigue.

De Uld. q. b. s. m.

Jorge Reese Rogers.

correo Casilla 470.

Le envió un cuento como muestra de admiración.